

sultaron también muchos crímenes; pero de ellos es responsable la guerra: la guerra, ese derecho injusto que las naciones fuertes de todas las edades, se han reservado para aplicarla según su antojo á las naciones débiles. La guerra, aberración de la humanidad, que los mismos males derrama por causa santa y buena, que por aborrecible é inmotivada. Sobraba con esto para hacer cruel y expoliatoria la conquista, que todas las conquistas son crueles y expoliatorias. Deben aún ponerse á cuenta las malas pasiones individuales, que tanto recrecen los padecimientos de los vencidos; de ellas son exclusivamente reos los hombres perversos, de dañado corazón, que las ejercitan por un instinto bárbaro; saliendo de los lindes marcados por la conciencia y el deber.

En aquellas expediciones, los voluntarios se armaban y equipaban por su cuenta, y si no tenían recursos recibían del jefe alguna suma, reintegrable de la parte de provechos que alcanzara; no tocaban soldada alguna, manteniéndoles el armador durante el viaje, recibiendo al fin de la expedición la parte alícuota que le tocaba, ya de lo rescatado, ya de lo tomado como botín de guerra. Los soldados de Velázquez venían interesados en la tercera parte de lo que se reuniese, quedando los otros dos tercios para los armadores, (1) aunque con la obligación de pagar el quinto al rey. Interés de todos y cada uno era reunir la mayor suma de oro ó cosas de valor, que en cuanto á mantenimientos se cogían sobre la tierra invadida.

De las dos civilizaciones que se ponían en presencia, la menos adelantada debía sucumbir: es la ley providencial. Por una circunstancia excepcional, el principio religioso que los aztecas profesaban, los empujaba á los pies del invasor. La creencia de Quetzalcoatl venida por Oriente, salía al encuentro de los blancos de Oriente, entregando ya sometidos á los sectarios de aquella antigua fé. Ningún remedio había. Las naciones de Anáhuac debieron entonar las lamentaciones de su canto fúnebre, resignados á sufrir la sentencia de Breno: ¡Ay del vencido!

(1) Declaración de Alonso Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo, en la Coruña, en 29 de Abril 1520, en la Colección de Documentos inéditos para la historia de España, tomo I, pág. 490.

## CAPITULO V.

### MOTECUHZOMA XOCOYOTZIN.—CACAMA.

*Viaje á Cozumel.—Llega Pedro de Alvarado.—Su conducta con los indios.—Reunión de la flota.—Paces con los indios.—Salida de Ordáz en busca de los españoles que estaban en Yucatan.—Destrucción de los ídolos en Cozumel.—Llegada de Gerónimo de Aguilar.—Salida definitiva de la armada.—Boca de Términos.—Llega la armada al río de Tabasco.—Los indios se ponen en armas.—Escaramuza.—Batalla de Centla.—Sumisión del país.—Doña Marina.—Bosquejo.*

I acatl 1519. Según dejamos dicho, la flota debía navegar en conserva, y caso de algún contratiempo que separase las naves, debían reunirse en Cozumel. El navío San Sebastian mandado por Pedro de Alvarado, después de cumplir con la consigna que llevaba debía incorporarse á la flota; contraviniendo á las órdenes, el piloto Camacho tomó rumbo directamente para la isla de Santa Cruz, aportando dos días antes que ninguna otra nao. Alvarado hizo desembarcar la gente, y como huyeran los del vecino pueblo, adelantó su correría hasta otro pueblo una legua distante, el cual se encon-

tró también desamparado; tomaron de ahí algunos bastimentos, así como de un Kú cercano los adornos ó alhauelas de oro en unas arquillas encerradas. (1)

La armada, sorprendida por un temporal, fué dispersada de pronto; la nave montada por Francisco de Morla, perdió el gobernalle, hizo señales á las cuales acudió Cortés; aunque siendo de noche fué preciso esperar el día, á cuya luz se vió el timon flotando algo léjos; amarrado Morla á un cabo se tiró á la mar, logrando apoderarse del útil y colocarle en su lugar. Reunidas las naos, echaron las anclas en el puerto de San Juan Ante Portam Latinam, faltando sólo una, llegada más tarde. Cortés, que tenía necesidad de mostrarse riguroso para enfrenar la gente que le seguía, puso preso á Camacho, castigándole la inobediencia y reconvino agriamente á Alvarado por la merodeacion ejecutada en los pueblos. Dedicóse á tranquilizar á los naturales. Puso en libertad dos indios y una india cautivados por Alvarado, dióles algunos regalos, y por medio del faraute Melchor les encargó llamasen á los señores principales, pues quería hablarles. Entretanto volvían los mensajeros, á los tres días hizo alarde de la gente, teniendo entonces ciencia cierta de los elementos en hombres y armas á su disposicion. No pareciendo los indios, Cortés despachó dos capitanes, con cada cien hombres, á traer la gente que pudiesen; regresaron al cabo de cuatro días con unas doce personas que los quisieron seguir, avisando que los pueblos estaban yermos. Entre los que vinieron había uno que se decía jefe, á quien halagó Cortés y dió recado para el señor de la isla; la medida produjo los mejores resultados, pues aquel principal señor vino, dijéronle cosas tocante á Dios y al monarca español, diéronles seguridades para su persona y vasallos, y de todo quedó tan convencido, que á los pocos días regresaron los naturales á sus pueblos, tratándose con confianza con los castellanos cual antiguos y buenos amigos. (2)

Aunque Bernal Diaz (3) lo pone á cuenta de la perspicacia de

(1) Bernal Diaz, cap. XXV.

(2) Carta del Regimiento de la Rica Villa, pág. 8—10.—Casas, lib. III, cap. CXVII.—Herrera, déc. II, lib. IV, cap. VI.—Bernal Diaz, cap. XXV y XXVI.—Relacion de Andres de Tápia, apud Garcia Icazbalceta, tom. 2, pág. 555.—Torquemada, lib. IV, cap. VIII.—Gomara, Crón. cap. X.—Véanse igualmente las preguntas 42 y 43 del interrogatorio de Cortés, Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 317 y 18.

(3) Hist. verdadera, cap. XXVII.

Cortés, cumpliendo éste con las instrucciones de Velazquez, se informó con los caciques de Santa Cruz, acerca de la existencia de algunos hombres blancos en Yucatan; ellos respondieron ser verdad los había, dos soles de andadura la tierra adentro; y que estaban en la isla algunos mercaderes que pocos días hacía los habían visto. El capitán, por medio de dádivas de cuentas, encontró mensajeros que se encargasen de ir á ver á los cautivos, entregándoles una carta para ellos, y cuentas y bujerías para servirles de rescate. Apercebidos los dos bergantines de menor porte, con veinte ballesteros y escopeteros al mando de Diego de Ordáz, dieron la vela al cabo Catoche; llegados allí echaron á tierra á los mensajeros, esperando por ocho días segun se les tenía prevenido, no sin riesgo por ser la costa muy brava. (1)

Tranquilos los indios con las seguridades recibidas, volvieron á sus ocupaciones ordinarias, y aún á las prácticas de su culto. Acuzamil, era un lugar santo para los moradores de la vecina península de Yucatan, de la cual iban en romería atravesando en canoa el pequeño estrecho que separa la isla de la tierra firme.—“Adoraban la gente della en ídolos, á los cuales hacían sacrificio, especial á uno que estaba en la costa de la mar en una torre alta. Este ídolo era de barro cocido é hueco, pegado con cal á una pared, é por detrás de la pared había una entrada secreta por do parecia podía entrar y envestirse el dicho ídolo, é así debie ser, porque los indios decían, segund despues se entendió, que aquel ídolo hablaba. En esta isla se halló delante del ídolo, abajo de la torre, una cruz de cal de altor de estado y medio, é un cerco de cal y piedra almenado alrededor de ella, donde los indios dicien que ofrecien codornices é sangre dellas, é quemaban cierta resina á manera de incienso, é questo hacían cuando tentan necesidad de agua, y haciéndolo llovie.” (2) Uno de aquellos días, se reunieron los mayas en el patio

(1) Bernal Diaz, cap. XXVII.

(2) Relacion de Andrés de Tapia, en Garcia Icazbalceta, tom. 2, pág. 555.—En el Peregrino Indiano por D. Antonio de Saavedra Guzman, Madrid, 1599, leemos á la foja 22 verso:

Tienen allí la Cruz, y la adorauan  
Con gran veneracion y reverencia,  
Dios de lluvias continuo la llamauan,  
Y estaua en vn gran templo de abstinencia:

del Kú, para hacer sus sahumerios y oraciones, el sacerdote subido en preeminente lugar, dirigió á los circunstantes las exhortaciones prescritas por el culto; asistieron curiosos los castellanos al nuevo espectáculo, y acabada la coremonia, Cortés preguntó á Melchor lo que el papa había dicho, respondiendo éste que eran cosas malas. El capitán hizo venir á su presencia á los principales y al mismo sacerdote, dándoles á entender por medio del faraute Melchor, lo abominable de los ídolos, el error religioso en que se encontraban y que abandonasen aquel culto que los conduciría al infierno: (1) respondieron ser aquellos los dioses de sus padres, buenos y propicios, ni ellos se atreverían á quitarlos ni los españoles les pondrían mano sin ser castigados. Cortés hizo derribar los ídolos las gradas del templo abajo, mandó limpiar y encalar el santuario, colocar en un altar nuevo una imagen de nuestra Señora, y los carpinteros Alonso Yañez y Alvaro López, formaron una gran cruz de madera, la cual colocaron cerca del altar, en el cual dijo misa el clérigo Juan Díaz. (2) Fue la primera demostracion religiosa de los conquistadores contra los ídolos. Nos imaginamos que Melchorejo sabía poco del castellano y ménos de los dogmas católicos, para ser buen intérprete en aquella ocasion: en cuanto á los de Cozumel, ignoramos cuál juicio formaron acerca de la santa imagen, mas respecto de la

Todos muy de ordinario la estimauan  
Con gran sollicitud y continencia,  
Dizen que en Yucatan por vso auia  
Ponerla sobre el cuerpo que moria.

(1) Los conquistadores, y los escritores de tiempos más cercanos á nosotros, no veían en los ídolos los símbolos de una religion falsa, sino retratos verdaderos del demonio, bajo cuyo influjo podían hablar y aún hacer prodigios: de esta manera los indios trataban familiarmente con el diablo. D. Antonio de Solís, Hist. de la Conquista de México, cap. XV, escribe: "Era el ídolo (de Cozumel,) de figura humana; pero de horrible aspecto y espantosa fiereza, en que se dejaba conocer la semejanza de su original. Observóse esta misma circunstancia en todos los ídolos que adoraba aquella gente, diferentes en la hechura y en la significacion; pero conformes en lo feo y abominable: ó acertasen aquellos bárbaros en lo que fingían; ó fuese que el demonio se les aparecía como es, y dejaba en su imaginacion aquellas especies; conque sería primorosa imitacion del artífice la fealdad del simulacro." Horrendos y deformes eran en realidad aquellos bultos, juzgados por las reglas de la estética; pero como representaciones místicas, valían tanto como ciertos dioses informes de los griegos ó los complicados de los hindus.

(2) Bernal Díaz, cap. XXVII.

cruz debieron de admitirla de buen grado, supuesto ser símbolo por ellos adorado, el emblema traído por Kukulcan.

Trascurrido el plazo de ocho dias, Diego de Ordáz tornó á Cozumel refiriendo, que aunque había permanecido en la costa con riesgo de perderse, no habían parecido los españoles ni los mensajeros que á buscarlos fueron: mucho enojó á Cortés semejante resultado, y trató con dureza á Ordáz, por haber sido para poco en la empresa. Sucedió que unos hermanos Peñates, marineros, hurtaron á Berrio ciertos tocinos; quejóse éste al general, y aunque aquellos negaron, puesto en claro el delito fueron azotados los criminales, no obstante haber intercedido por ellos los oficiales del ejército. No teniendo ya qué hacer en la isla, la armada se hizo á la vela el sábado cinco de Marzo, (1) haciendo rumbo á la isla Mujeres, al día siguiente, que fué Carnestolendas, (2) tomaron tierra y en ella oyeron misa. Vueltos á embarcar aquel mismo dia, con intento de doblar el cabo Catoche, se oyó á poco un cañonazo; era la nao de Juan de Escalante que pedía socorro, porque se anegaba, haciendo tanta agua que no se podía agotar con las bombas; además, ahí iba embarcado el pan cazabi: á fin de reparar la avería, dióse orden á toda la armada de retornar á Cozumel. (3)

Los indios no mostraron pesadumbre por la vuelta de los castellanos, ayudando de buen grado á descargar la nave y repararla, operacion que duró cuatro dias. Terminada la obra, sábado doce de Marzo, se tornó a embarcar la gente; mas cuando sólo faltaban de entrar á las naves Cortés con algunos españoles, se desencadenó un gran viento acompañado de recios aguaceros, y como afirmaran los pilotos que había riesgo en hacerse al mar, la gente desembarcó de nuevo. El temporal duró dia y noche, y amaneciendo el Domingo primero de Cuaresma, trece de Marzo, se dispuso oír misa y comer antes de reembarcarse. (4) "Estando en un navio el que esta relacion da é otros ciertos gentiles hombres, vieron venir por la mar

(1) Seguimos en las fechas á Gomara, cap. XII, por salir conforme con los hechos. Bernal Díaz, cap. XXX, fija el cuatro de Marzo como dia de la salida definitiva de la isla, lo cual resulta imposible.

(2) Gomara, cap. XII. Quincuagésima ó Carnestolendas cayó aquel año 1519 en domingo seis de Marzo.

(3) Bernal Díaz, cap. XXVIII.—Herrera, déc, II, lib. IV, cap. VII.

(4) Gomara, cap. XII.—Relacion de Andrés de Tapia.

“una canoa, que así se llama, que es en la que los indios navegan, “y es hecha de una pieza de un árbol cavada, é reconociendo que “vinie á tomar tierra en la isla, salieron del navío en tierra, é por la “costa se fueron lo más encubiertamente que pudieron, é llegando “á donde la canoa quería tomar tierra, é la tomó, vieron tres hom- “bres desnudos, tapadas sus vergüenzas, atados los cabellos atrás “como mujeres, é sus arcos é flechas en las manos, é les hicimos se- “ñas que no oviesen miedo, y el uno de ellos se adelantó, é los dos “mostraban haber miedo y querer huir á su bajel, é el uno les ha- “bló en lengua que no entendimos; é se vino hácia nosotros, dicien- “do en nuestro castellano: “Señores, ¿sois cristianos, é cuyos vasa- “llos?” Dijámosle que sí y que del rey de Castilla éramos vasallos, “é alegróse é rogónos que diésemos gracias á Dios, y él así lo hizo “con muchas lágrimas, é levantados de la oracion, fuemos caminan- “do al real.” (1)

El español estaba ennegrecido por la intemperie, traía el pelo trasquilado á la manera de los esclavos, vestido con una manta an- drajosa en una de cuyas puntas llevaba atado un libro viejo de ho- ras, cubierta la cintura con un mal paño, una cotara vieja calzada y otra en el cinto y un remo al hombro, de manera que en aquel ar- reo no se diferenciaba de los otros indios. Llegados á presencia de Cortés, preguntó éste á Andres de Tapia, cuál era el español, él se puso en cuclillas á usanza de la tierra, respondiendo: “Yo soy.” En efecto, era Jerónimo de Aguilar, natural de Eciija y ordenado de Evangelio, de quien contamos en otro lugar la historia, añadiendo ahora la de cómo alcanzó la libertad. Fieles los mensajeros le en- tregaron la carta y presentes que habían recibido; Aguilar por me- dio de aquellos rescates, logró licencia de su amo para ir á donde quisiese; en consecuencia fué á buscar á Gonzalo Guerrero, marinero natural de Palos, á quien invitó para irse á Cozumel; mas éste res- pondió: “Hermano Aguilar, yo soy casado, tengo tres hijos, y tié- “nenme por cacique y capitán cuando hay guerras; los vos con Dios; “que yo tengo labrada la cara é horadadas las orejas, ¿qué dirán de “mí desque me vean esos españoles ir desta manera? E ya veis es- “tos mis tres hijitos cuán bonitos son. Por vida vuestra que me “deis desas cuentas verdes que traéis, para ellos, y diré que mis

(1) Relac. de Andrés de Tapia, en García Icazbalzeta, pág. 556.

“hermanos me las envían de mi tierra.” Sobrevino la mujer de Guerrero, quien dijo muy enojada: “Mirá con que viene este esclavo: los vos, y no cureis de más pláticas.” (1) Insistió Aguilar en su ruego, mas no logrando fruto alguno se dirigió en busca de las naos que le aguardaban. El hombre civilizado renunció á volver con sus hermanos; dióle vergüenza la marca que en el rostro tenía de la vida de los mayas, amarrábale á la tierra la familia y la dig- nidad alcanzada; pudiera ser mayor retraente, que había tomado parte en compañía de otro cacique y mandado en jefe la batalla contra Hernández de Córdoba. (2) Cuando Aguilar llegó á la costa ya no estaba la nao de Diego de Ordaz; pero sabiendo que la arma- da había vuelto á Cozumel, alquiló con las cuentas de vidrio una canoa con seis remeros, en la cual llegó felizmente á la isla. Para Cortés fué éste un hallazgo de suma importancia, pues adquiriría un buen intérprete. (3)

Amonestados de nuevo los indios acerca de la religion por medio de Aguilar, la armada se hizo finalmente á la vela de Cozumel, el domingo trece de Marzo: un temporal dispersó las naves, que al día siguiente se reunieron en isla Mujeres. Tomóse rumbo por la costa boreal de Yucatan, doblando en seguida por la occidental: á la vis-

(1) Bernal Díaz cap. XXVII.

(2) Bernal Díaz, cap. XXIX.

(3) La Carta del Regimiento de la Villa Rica, pág. 12, dice: “tuvo entre nos- otros aquella contrariedad de tiempo que sucedió de improviso, como es verdad, por muy gran misterio y milagro de Dios.”—Cortés suministra las siguientes noticias en la pregunta 51 de su interrogatorio: “Item: si saben que los dichos españoles é yn- dios que fueron en la canoa, llegaron á tierra é vieron que vernían en ella los men- saxeros que dicho Don Hernando Cortés abia imbiado con la carta á los españoles que estaban captivos entre los yndios, é con ellos el uno de los dichos españoles, que se llamaba Gerónimo de Aguilar, el qual vernía desnudo, con un arco é unas flechas en la mano, é no les acertaba á hablar en nuestra lengua: é así le traxeron antel di- cho Don Hernando Cortés; é deste español se sopo, como él é otros se abian perdi- do atravesando dende la Tierra Firme, á las Islas, en unos baxos que se llamaban las Vívoras, cerca á la Isla de Xamayca, en un navio de un Francisco Niño, piloto, na- tural de Moguel; é que en la barca se abian metido los quen ella copieron, y el tiem- po les abia traído á la Punta de Yucatan; é cuando llegaron, se abian muerto mas de la mitad por la Mar, é de sed é de hambre, en la barca; é los que llegaron vivos que serían hasta ocho ó nueve, llegaron tales, que si los yndios no los remediaron, no escapara ninguno; é así murieron todos, escepto dos, de los quales hera este, Geró- nimo de Aguilar, el uno, y el otro, un Morales, el qual no abia querido venir, por- que ternia ya oradadas las orejas, y estaba pintado como yndio, é casado con una yndia, é ternia hijos con ella.” Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 322.